

“Un puñado de cosas que permanecen”¹

Diego Tatián
diegotatian@gmail.com

Esta breve intervención va a procurar apenas considerar una frase, muy conocida, que puede encontrarse en el discurso que Deodoro Roca leyó durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes que sesionó la última semana de julio de 1918 en el Teatro Rivera Indarte. La frase dice: *“Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas”²*.

Ese Congreso estudiantil, dicho sea al pasar, tuvo una significación fundamental. Luego de días de intensas discusiones entre representantes de las federaciones estudiantiles que habían llegado a Córdoba desde todas las universidades entonces existentes, se elabora un pliego con un conjunto de reivindicaciones, entre las cuales derogar el pago de las materias aprobadas; organizar campañas de alfabetización y de salud pública; abrir escuelas nocturnas para los trabajadores; establecer que el sistema universitario y la enseñanza libre deben ser estatales; afirmar la autonomía económica, científica y administrativa [es una de las pocas veces que la palabra “autonomía” aparece en los documentos reformistas]; construir mil escuelas; implementar un impuesto a la propiedad para financiar los estudios superiores. Tras largas discusiones, finalmente, no incluyen la gratuidad en el pliego³.

Entre esas exigencias encontramos además una que no es inesencial al espíritu de la Reforma: crear la materia Filosofía obligatoria para todas las carreras y fijar una “semana anual” de la filosofía. Años antes de la Reforma, en otro discurso -el que pronuncia en la colación de Grados de 1915 como representante de los graduados, en mi opinión uno de sus textos más bellos- Deodoro Roca piensa, contra el “cientificismo”, la

¹ Texto correspondiente a la presentación conjunta (“La Universidad y la vida”) de los libros *Saberes de pasillo* de Horacio González (Paradiso, Buenos Aires, 2018); *Dieciocho. Huellas de la Reforma Universitaria* de Eduardo Rinesi (Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 2018) y *La incomodidad de la herencia. Breviario ideológico de la reforma universitaria* de Diego Tatián (Encuentro Grupo Editor, Córdoba, 2018), el 28 de junio de 2018 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

² Deodoro Roca, “La nueva generación americana”, en *Obra reunida I. Cuestiones universitarias*, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008, p. 31.

³ Ver el documentado libro de Juan Cruz Taborda Varela, *El corazón sobre sus ruinas. Crónica de una Reforma que fue una Revolución*, Ediciones Recovecos, Córdoba, 2018, pp. 219-220.

ciencia como bien común y como lugar común: la piensa en su poder de “propagación popular” y como “solidaridad de las inteligencias” pero poniendo infinitos resguardos contra un sistema de dominación basado en ella –tal como el que hoy llamamos “sociedad del conocimiento” (artilugio del capitalismo comunicacional que disciplina tanto a la sociedad como al conocimiento). Deodoro, más bien, está pensando en un comunismo del conocimiento que protege las singularidades, las rarezas y las excepcionalidades. Para ello formula la idea de “universidad socrática”: “...pienso – escribe- que en las universidades está el secreto de las futuras transformaciones..., por eso pienso que no deben ser solo escuelas profesionales, por eso pienso que necesitamos maestros a la manera socrática, como se estilaba en aquellos grandes pueblos de la antigüedad: los que mejor comprendieron el sentido profundo de la vida... ¡Debe aspirarse, antes que todo, a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, muerto y amortajado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura! Recordemos con Taine que la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por los ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversan con Sócrates sobre el bien y la verdad”⁴.

Hay un protagonismo de la filosofía en la universidad reformista, en la que Deodoro Roca elige precisamente dictar la materia Filosofía General cuando es incorporado a la docencia en 1920, así como, poco antes de la contrarreforma alvearista, Raúl Orgaz propone en 1922 la creación de una Facultad de Filosofía y Letras: “Lo más urgente de todo -dice- es crear en Córdoba.. una Facultad de Filosofía y Letras”⁵. No faltan indicios de que la organización de la universidad reformista tenía a la filosofía en su centro.

Pero volvamos a la frase de Deodoro: “*Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas*”. En mi opinión reviste una enorme actualidad, cuando la universidad, que además de producir ciencia, pensamiento, literatura... es -hasta ahora- un lugar de encuentro de los cuerpos, las ideas y las palabras para el conocimiento, para la amistad y para la política; un espacio de oralidad pensante que el neoliberalismo académico en curso busca desmontar y sustituir por una autodidaxia virtual emprendedorista (universidades virtuales, cursos virtuales, aulas virtuales...) prescindente de la sabiduría

⁴ Deodoro Roca, “Ciencias, maestros y universidades”, en op. cit., pp. 7-13.

⁵ Raúl Orgaz y Arturo Capdevila, *Revista de Filosofía*, 1920 [cit. Por Pablo Requena, *Universidad, intelectuales y cultura en Córdoba. Derivas reformistas, 1913-1946*, Tesis de Doctorado, inédita, 2018, pp. 107-108].

pedagógica y de la memoria de los viejos maestros. Acaso sea esta la diferencia más importante entre el movimiento estudiantil cordobés de 1918 -que estaba motivado por un anhelo de maestros, hasta el punto de que Deodoro llega a escribir en 1931 que “La Reforma fue y es un abierto ensayo para llegar a un maestro”⁶- y la revuelta parisina del 68 que más bien procuraba su destitución. Como realización reaccionaria de esta utopía sesentayochesca, quizá entramos finalmente a un mundo sin maestros y sin docentes: forma al fin hallada del individualismo solitario y “conectado”, sin encuentro, sin imaginación colectiva y sin anhelo de justicia, que el neoconductismo oficial busca imponer.

Ir a las universidades a vivir. En el Centro Experimental Vincennes -actualmente Paris 8- que se creó en 1969 en la estela pedagógica de las revueltas de 1968 y del que Michel Foucault fue su primer director, esta idea de Deodoro cobró un sentido literal: había cursos, conferencias y debates las veinticuatro horas, se dormía en la universidad -a la que podía asistir cualquiera-, se iba con los niños, se cocinaba, se hacía teatro. Durante las pocas semanas que duró esa forma de vida común, la enseñanza, la investigación y el debate jamás se interrumpían.

Tal vez sin proponerse una rutina como la que efímeramente tuvo lugar en el Centro Experimental Vincennes, la potente frase de Deodoro sobre la universidad y la vida -sobre “vivir” en la universidad- se revela en el tiempo: no significa una clausura, ni un universitarismo, ni una indiferencia sino más bien prospera en el encuentro con el mundo y con la revolución. La sabiduría reformista se precipita y concentra en otra frase, esta de 1936: “la Reforma [universitaria] no será posible sin una reforma social”. La autonomía que la tradición de la Reforma forja en los años de lucha acaba por ser una autonomía con otros, una autonomía sensible a la no-universidad, una autonomía con mundo que asume su lugar en las borrascas de la historia sin querer evadirlas, que se percibe a sí misma como parte del “drama social” y toma partido junto al campo popular en el conflicto de fuerzas que sacuden la sociedad.

El mundo que la Reforma descubre es un lugar nunca completamente explorado; alberga pasajes y “pasillos”, insustituibles por ninguna “conexión virtual”. Un lugar común -aunque no exento de secretos- para su desciframiento y su transformación. El “libro del mundo” reformista se abre así como un “libro de los pasajes” del que toda

⁶ Deodoro Roca, “Nicolai y la Argentina”, op. cit., p. 79.

biblioteca -acabamos de recibir una en esta Facultad, y muy importante- no es más que su extensión.

La universidad como utopía del estar-juntos (del vivir-juntos) no equivale entonces a un universitarismo sin mundo (o “in-mundo”) sino a una apertura y a una confianza en los desconocidos y en lo desconocido por venir –o por construir. La pregunta por la vida y por el mundo (y las aventuras del conocimiento que se interroga por ellos) no es posible sin otros –sin los que son otros respecto de la universidad. Se tratará pues de conjugar una potencia colectiva y heteróclita (una “desmesurada inspiración colectiva”) que jamás abandona la pregunta por las estructuras de dominación y por las apuestas de la emancipación, siempre atenta al poder de la impotencia para resguardarse de él, a las retóricas de la muerte y al odio de todo lo que brota. En efecto, el vitalismo –un cierto vitalismo- es la filosofía de la universidad reformista. María Pía López ha escrito hermosas páginas sobre la filosofía de la vida que animaba a la cultura de la Reforma⁷ para imaginar una universidad no burocrática, no profesionalista, no especialista, creadora y de “espíritu libre” -arielista, antipositivista, anticapitalista, antiimperialista, anticlerical...

Horacio González acaba de publicar un libro profundamente reformista; se trata de un conjunto de escritos que reunió Juan Laxagueborde y se llama *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*. Un libro reformista, no sobre la Reforma (menciona desde luego a la Reforma, textos como “Palabra sobre los exámenes” de Deodoro cuando reflexiona sobre el actual estatuto paroxístico de la evaluación o cuando evoca la herencia de la autonomía); un libro que piensa *con* ella más que sobre ella, donde la expresión “conocimiento libre” encripta una sorprendente fidelidad creativa a lo que, en un texto de 1920 con epígrafe de Trotski (que la publicación de Gabriel del Mazo suprime) Deodoro llama “espíritu libre”⁸. En ese escrito, leído en Rosario en 1920 donde había sido enviado en representación de la FUC y luego publicado en la *Revista de Filosofía* de Ingenieros, Deodoro denunciaba “la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, la profesionalidad de la cultura” que “se aprestan a defender el Orden”; denunciaba el apoyo de la investigación, como pocas veces antes visto, a “oscuras fuerzas de reacción y dominación”; “la ciencia al uso, pagada en sus métodos,

⁷ María Pía López, *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Eudeba, Buenos Aires, 2006, especialmente pp. 87-99.

⁸ Deodoro Roca. “La universidad y el espíritu libre”, en op. cit., pp. 39-45.

con sus éxitos fáciles, con su espíritu escolarizado, [que] ha venido adoctrinando a sus adeptos, en una concepción conservadora del mundo”. “Lacayos de la inteligencia”, “asalariados intelectuales”, “domésticos doctorados”, “dómines verbalistas”, son algunas de las expresiones empleadas allí para designar el sometimiento voluntario que produjo en los “estudiantes revolucionarios” un “asco invencible”. [Muchos años después, para gran escándalo social, un músico popular volvió a usar esta palabra, acaso sin saber que también lo había sido por la parrhesiástica generación reformista]. Podríamos realizar el experimento de superponer el texto de Deodoro sobre el “espíritu libre” con un ensayo gonzaliano fundamental que en los 90 -mientras el sistema de incentivos, la taxonomía de los formularios y las evaluaciones vaciaba a la universidad de conocimiento libre- leímos en *El ojo mocho* -y ahora recupera *Saberes de pasillo*- llamado “Contra el imperio del *ethos* burocrático”. Se lleva a cabo allí una vibrante crítica de la “razón categorizadora”, el “canon de la tasación” y el “*ethos* burocrático”. En ese texto Horacio recurría a la tradición como paradójica potencia emancipatoria frente al “progresismo reaccionario” que en 1995, como en 1918 y ahora mismo es reproducción ampliada y perfeccionada de lo existente, impide que nada nuevo irrumpa y condena a la experiencia y las ideas a quedar “fuera de lugar”. “*La tradición –leemos allí- es la historia de la lectura de los textos y no los textos implantados en bibliografías que constituye en mapa axiomático con el que sellan casamatas de rivalidad y sigilo. Sin esta idea de tradición -pues la tradición es lo que está abierto, no pesa ni obliga- no hay institución. Sin esta idea de tradición hay Inquisición*”⁹. Horacio González llama aquí “inquisición” a la persecución de la vida intelectual y del conocimiento libre, que conjuga el interrogatorio y el Tribunal.

Después de una gran reflexión sobre la sociología en el prólogo del libro, *Saberes de pasillo* -el escrito que abre y le presta el título al volumen- fue leído en un pasillo de la Facultad de Ciencias Sociales de la calle Marcelo T. de Alvear durante la inauguración de la Facultad de Ciencias Afines el 16 de noviembre de 1993. Allí el lector encuentra y agradece una hermosísima teoría del pasillo universitario como lugar de construcción de conocimientos. Una pequeña historia de la sociología (definida como “el oficio de comprender la vida de otros”, hoy abandonado por una “sociología” sometida a “los grandes aparatos comunicacionales”) a partir de sus viejos edificios y de sus pasillos.

⁹ Horacio González, *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*, compilación y prólogo de Juan Laxagueborde, Paradiso, Buenos Aires, 2018, p. 115.

En una bella reseña de este libro para la revista *Mancilla*, Mariana Gainza reflexiona sobre la singular manera de ser hegeliano de Horacio González: hegelianismo abierto que honra las posiciones, las considera en su mejor aspecto, se deja modificar por ellas y –agrego– está animado por una *pietas* de exquisita potencia política; un hegelianismo que no traduciríamos como *Razón y revolución* sino como “memoria e invención”. Encrucijada fecunda de vitalismo y piedad hacia lo que muere de la que brota un pensamiento de una gran potencia dialéctica. Formo parte de los muchos cordobeses que deploramos no haber tenido a Horacio como profesor, pero de los muchos más que estamos agradecidos de haberlo podido escuchar tantas veces en tantas charlas sobre todas las cosas. Ese elegante hegelianismo sin clausura, creo, es uno de los secretos de su oralidad, a la que no adjuntaré, por estar de antemano condenado a la banalidad, ningún adjetivo.

“Universitario huérfano de universidad” dice Horacio González de sí mismo, y escribe con melancolía borgiana: “Para mí, la Reforma es un puñado de cosas que aún permanecen... Permanecen los textos de Deodoro Roca, que vacila entre declarar toda ciudad como ‘Ciudad universitaria’ o volverla al flujo social”. Un puñado de cosas que permanecen.

La lectura de *Saberes de pasillo* deja una sensación de –no encuentro otra palabra– alta y profunda coherencia. Y una perplejidad: ¿cómo es posible no confundirse tanto? No estoy seguro de que esta pregunta esté correctamente formulada en castellano, pero sí de que nunca hay en estas páginas confusión de lo que se trata en cada caso. Los escritos de *Saberes de pasillo* abarcan veinte años de reflexión sobre la universidad, sobre prácticas de conocimiento y de enseñanza, años en los que sucedieron muchas cosas pero hay algo que une todas estas páginas: se trata de encontrar detrás de lo que hay la pepita de oro libertaria –que siempre existe, sea cual fuera la circunstancia. Pensar no es exponer convicciones sino producir un hallazgo sin eludir la dificultad de lo real –a través de ella. No una simple exposición de convicciones o de un punto de vista privado sino una detección de lo que brota hacia otra parte desde la adversidad de las cosas. Tampoco en esto hay olvido de Hegel. Como sea, esa dedicada atención por lo que no se somete, o intenta no hacerlo, es un tesoro del que disponemos en tiempos oscuros como este en el que nos hallamos inmersos.

En las dieciocho miniaturas que componen *Dieciocho. Huellas de la Reforma Universitaria* de Eduardo Rinesi, la Reforma es puesta a dialogar con gran parte de la cultura argentina. Las huellas que llegan a ella y las que salen de ella llevan a lugares impensados y la sacuden de su captura en el “reformismo”. Tal vez la cifra esté ya expuesta en la primera página. En efecto, no resulta irrelevante que la investigación –en el sentido estricto de seguir las huellas- del sentido de la Reforma comience con una gran escena de la historia argentina contemporánea, que tuvo lugar el 26 de mayo de 2003 en las escalinatas de la Facultad de Derecho de la UBA. Ese día, Fidel Castro -que había llegado al país con motivo de la asunción de Néstor Kirchner a la Presidencia- pronunció un discurso de más de dos horas -uno de sus últimos discursos públicos, el último sería en Córdoba tres años después- ante miles de argentinos y argentinas que comenzaban a entrever desde el día anterior un conjunto de signos distintos e irreductibles a todo lo que había. La presencia del mítico revolucionario cubano era uno de esos signos. Y está bien que Eduardo Rinesi comience su indagación sobre la Reforma por allí.

La huella más persistente de la Reforma no es ni fue jamás la de una “modernización” de la universidad, sino la que se propone cambiar el mundo por otro más justo -la que se propone la justicia social- y cambiar la vida para obtener una plenitud común. Y con todo ello tiene sin dudas que ver el conocimiento: una manera de producirlo, de recordarlo, de transmitirlo. Allí, precisamente allí, la arqueología de la Reforma obtiene, en bruto, su gema más valiosa. Eduardo -ha sido esta una de sus muchas contribuciones al debate latinoamericano de los últimos años- piensa la democracia como estado de derechos y encuentra en la palabra *derecho* -que por cierto no se halla ausente en el manifiesto Liminar- el objeto más propio al que la larga busca reformista accede casi cien años después de haberse producido.

Por eso, tampoco es irrelevante que, como había comenzado con un discurso de Fidel en Buenos Aires y luego seguido con la evocación de un discurso del Che en la Universidad de Las Villas con motivo de habersele otorgado un Doctorado Honoris Causa cuando la Revolución aún era nueva, *Dieciocho* concluya con un extraordinario discurso que, en la tarde del sábado 7 de abril de 2018, pronunciaba Lula da Silva ante miles de seguidores en São Bernardo do Campo, tras conocerse la sentencia que lo mantiene en prisión.

Allí Lula, un tornero sin diploma universitario, se asombra ante sí mismo de haber creado más universidades que todos los anteriores presidentes -ellos sí universitarios- de la historia del Brasil. Eduardo Rinesi sugiere que hay allí -si seguimos bien sus huellas- un claro avatar de la Reforma. Pero a la inversa también: el mayor compromiso reformista del presente no puede ser otro que la exigencia desde las universidades - exigencia que era la del *Comité por la defensa de los presos políticos* creado por Deodoro y otros reformistas en 1936- de una América Latina sin presos políticos.

Es decir, contra la domesticación “reformista” de la Reforma, el libro de Eduardo prosigue las huellas que desde el acontecimiento-1918 nos conducen directamente a las luchas de los pueblos contra los sistemas de dominación coloniales, económicos, culturales y sociales: la Reforma fue el humus en el que abrevaron los movimientos radicales latinoamericanos hasta llegar a nuestro propio “difícil tiempo nuevo” para confrontarlo, resistirlo y revertirlo, inspirados en la memoria de ese “puñado de cosas que permanecen”, no para repetirlos sino para que se abra camino un deseo en común de pensar lo que aún no pensamos; de hacer lo que aún no hicimos; de inventar lo que nunca ha sucedido.

“Ir a nuestras universidades a vivir” para, en el límite, salir de ellas: salir con una inteligencia atraída por el mundo; con una renovada curiosidad por otras formas de existencia; con un saber de los otros (en el doble sentido de la expresión) y una insistencia ineludible en la pregunta por la libertad –que, como lo supieron muy bien los reformistas, jamás se obtuvo sin una liberación.